

11.- RECUERDOS DE UN FIN DE SEMANA "MICOLÓGICO"

Ana María **RAMÍREZ VILLAR**

23700 LINARES

Lactarius 8: 96-103 (1999). **ISSN:** 1132-2365.

Creo que una de las razones que me movieron a unirme a la Asociación Micológica Lactarius, fue la impresión que tuve de que la formaban un grupo de amigos que compartían una afición común, que les unía más allá del propio mundo de los hongos. En los pocos contactos que había tenido con ellos hasta entonces: salidas al campo, deliciosas degustaciones de la cocina con setas y exposiciones micológicas, ya había captado que ese, era un mundo fascinante. Me habían transmitido el entusiasmo por la búsqueda, el placer que producen los nuevos hallazgos, los descubrimientos culinarios, la magia efímera de la contemplación de una especie diminuta increíblemente llena de color y vida, el interés creciente que despierta la observación de la naturaleza desplegada en todo su esplendor

a ras de suelo y que para los no iniciados pasa desapercibido.

Lo que no sabía todavía, es que ese grupo de amigos organizaba jornada la sierra llenas de cordialidad, camaradería y sana diversión. Fue en noviembre del año pasado cuando, junto a ellos, viví una de las experiencias más agradables que he tenido. Se trata de la última de las convivencias que esta Asociación ha organizado en El Cantalar.

Cuando preparaba la excursión estaba emocionada pues hacía casi veinte años que no había dormido en la sierra. Iba a recordar muchas experiencias agradables, pero no sabía cómo organizar mi maleta de forma eficaz. Nunca había estado allí en otoño. Mientras decidía qué tipo de ropa me proporcionaría el abrigo y la comodidad adecua-

dos, me asaltaban dudas, tampoco había convivido mucho con el grupo. Suponía que habría compañeros que todavía no conocía. Trataba de imaginar cómo sería el lugar de la estancia, cómo se organizaría la búsqueda de ejemplares, cómo pasaríamos el tiempo al caer la noche, cómo sería la calefacción, los dormitorios, la zona de aseo.. Todas las escenas que imaginaba distaron bastante de lo que luego sería la realidad, pues en ningún momento llegué a imaginar que viviría algo que nunca había experimentado hasta entonces.

Llegamos el viernes cuando la tarde se toma noche, un poco retrasados porque surgió un imprevisto y no habíamos podido salir antes. Ya estaban allí los primeros compañeros, que con cariñosa atención nos dijeron que estaban un poco preocupados por nosotros, temían que nos hubiéramos equivocado de camino.

Como al caer la noche, el frío nos iba envolviendo, entramos en lo que sería nuestro cuarto de estar durante lo próximos días. Los hombres pusieron manos a la obra de encender el fuego en una de esas estufas de leña, redondas

con tiro en el techo de la habitación, de esas que hacía años que no había visto en funcionamiento. Mientras, las mujeres fuimos preparando unos aperitivos. Cada familia había preparado con imaginación deliciosos bocados que generosamente compartía con todos los demás. Desde ese momento, supe que iba a ser un estupendo fin de semana, pero aún no sospechaba todo lo que iba a descubrir en las horas siguientes.

Con los aperitivos y la lumbre surgieron los primeros chistes, las primeras bromas, las primeras risas, la primera muestra de los ejemplares que habían recogido los más adelantados aquella misma tarde en las cercanías.

El grupo iba creciendo, yo tenía dificultades para recordar todos los nombres. A algunos los conocía del año anterior cuando fuimos a la degustación de la Cañada de las Hazadillas, a otros los había encontrado por primera vez en la última reunión gastronómica, pero en ningún momento me sentí incómoda. Todos nos saludábamos con naturalidad, como viejos conocidos. Algunas familias venían al completo, así

que nos juntamos personas de todas las edades, adultos, jóvenes y niños. Estos últimos me depararían una agradable sorpresa, eran niños y jóvenes muy responsables. Habían venido con sus mochilas cargadas de libros para hacer los deberes del fin de semana en los ratos libres. También eran niños bien educados que sabían estar en su lugar y dejaban a sus padres disfrutar del momento, sin absorber su atención innecesariamente.

Cada vez me sentía mejor, ya empezaban a preparar las setas que habían encontrado por la tarde. Yo no quitaba ojo del fogón. Me encanta la cocina y estaba recibiendo una lección magistral de preparaciones sanas, sabrosas y sorprendentes para mi paladar. Mientras, disfrutaba también de un ambiente acogedor y amistoso que hacía que me sintiera como en casa en un día de Navidad.

Probé los pies de perdiz; poco finos dijeron algunos, pero para una novata como yo que aún no ha probado las setas más refinadas, aquellos pies de perdiz estaban francamente sabrosos. También tomamos unas negrillas,

igualmente nuevas para mí. Estas me resultaron más finas al paladar. Yo iba de delicia en delicia, pues todo lo nuevo me atrae poderosamente, aquellas setas, en su sencillez no dejaban de interesarme.

Entre broma y broma; entre presentación y saludo; entre comentario y sugerencia; fuimos despachando todos aquellos riquísimos aperitivos caseros. Mi curiosidad de gourmet me empujaba a preguntar la receta de uno, la preparación de otro, los trucos más eficaces.. En fin, que me sentía como a mis anchas y sólo llevaba un par de horas allí. Para entonces, la estufa y el buen vino nos habían puesto a todos uno hermoso color sonrosado y nos habían contagiado un sanísimo buen humor.

Poco después nos avisaron de que la cena estaba lista. Bajamos al comedor y tuve la primera muestra de la camaradería que une al grupo. El número de miembros era mayor que la capacidad de la sala. El responsable nos sugería que hiciéramos dos turnos para las comidas. Pero el grupo decidió apretarse un poquito y que todos compartiéramos

juntos esos buenos ratos.

Después de la cena fuimos a los dormitorios a terminar de preparar las camas. Entonces tuve otra muestra de la cordialidad del grupo. No hubo una sola fricción ni por las camas ni por las mantas. Es más, yo que no puedo dormir con almohada alta por un problema de cervicales, no tuve ningún problema en encontrar una compañera que, amablemente, me la cambió. Se lo agradecí profundamente.

Después volvimos al salón de la estufa de leña, donde degustamos los deliciosos dulces que cada uno había llevado junto con los licores de rigor. No puedo dejar de recordar aquel licor de guindas que tomé acompañando rosquillas, bizcochos y pasteles: un licor casero de dulcísimo paladar que me supo a gloria.

Al mismo tiempo estuvimos jugando la partida de cartas más larga y concurrida que yo haya jugado jamás. No recuerdo el nombre de ese juego, que para mí era nuevo. Se trata de algo bastante inocente en donde la suerte lo decide casi todo, pero emocionante porque el número inicial de jugadores va disminuyendo con-

forme éstos van siendo inesperadamente eliminados. Yo aguanté bien y tuve que abandonar casi al final, eso me mantuvo en vilo mucho rato, pues me encanta ganar y quería llegar al final. No pudo ser, pero la partida había merecido la pena.

Entonces salí afuera para ver qué noche hacía. Ese fue el momento más inesperado de la excursión, el más sorprendente, y el que de verdad daría emoción y haría excitante aquella noche inolvidable. Un grupo, capitaneado por Carlos y su telescopio, había salido para observar los astros. La noche fría de Noviembre estaba despejada, sin una nube que tapara un firmamento que se abría sobre nuestras cabezas como una enorme cueva poblada de misteriosas y atrayentes luces. Mientras esperaba mi turno para mirar a través del telescopio, escuchaba con ardiente interés las explicaciones que pacientemente Carlos nos iba dando. Yo conocía bien poco del tema, pero la sencillez de sus palabras hicieron que comprendiera con rapidez lo que decía y que captara en el sossegado ritmo de su lenguaje toda la fuerza con que la astronomía le atrae.

Cuando me llegó el turno, pude ver Júpiter con sus dos lunas, me quedé extasiada. Nunca hubiera podido imaginar que, a tamaña distancia, se pudieran detectar las rugosidades de la superficie, o que se pudiera captar claramente el movimiento conjunto de los tres astros. Desde ese momento dejé de sentir el frío bajo cero de una noche rasa en plena sierra. Arrebatada por la emoción esperé para observar de perfil los innumerables anillos que circundan a Saturno, sus colores irisados y brillantes como mágicas lentejuelas estelares. Pero lo más inesperado fue la visión de una estrella joven, irregular, como una mano de fuego anaranjado y fluctuante. No recuerdo su nombre, pero jamás podré olvidar su forma y su color ardiente en medio de un cielo negro, limpio, poblado de innumerables estrellas blancas y brillantes. Quiero que estas líneas sean para Carlos la expresión más genuina de mi gratitud. Gracias por haberme acercado de forma tan emocionante a la naturaleza celeste, gracias por sus conocimientos, gracias por la sencillez con la que nos guiaba, ¡GRACIAS!

Este ha sido el recuerdo emocionado de las primeras horas de una excursión que duraría todo un fin de semana. Aunque todo lo que siguió fue estupendo y mereció la pena haberlo vivido, no todo fue tan idílico. Muchos de los que estéis leyendo estas líneas, estaréis pensando: parece que sólo recuerda lo bueno. No quiero, ni puedo hacer gala de buena memoria, pero os diré que también recuerdo otras cosillas que rompieron el silencio necesario para reparar con el sueño el cansancio de un día intenso.

En el dormitorio de las mujeres todo fue bien, a la mañana siguiente nos levantamos como rosas, pero cual no sería nuestra sorpresa, al encontrar a algún marido con ojeras y cansado. No, no se habían ido de juerga. No habían podido dormir bien, algunas respiraciones pesadas, algunas mascotas en discordia e inquietas habían arruinado el descanso de algunos; y estaban de mal humor, ya que por añadidura, tenían que enfrentarse, sin mucho ánimo, a la tarea de quitar la capa de hielo que durante la noche había ido cubriendo nuestros coches.

Cuando vi los vehículos así de helados, recordé a uno de los compañeros que tiene la costumbre de dormir en tienda de campaña. La noche anterior me había quedado intranquila pensando que iba a pasar mucho frío, pero su talante por la mañana era excelente, lo cual me hizo comprender que es mucho más fuerte de lo que por su aspecto aparenta, pues había resistido a la intemperie una noche muy fría.

Pero aquello duró lo que tardamos en desayunar, reponer fuerzas y recuperar el buen humor. Enseguida, todo el mundo puso manos a la obra y colaboró en la tarea de deshacer el hielo, mujeres, hombres, niños y jóvenes. Era necesario para poder marchar en busca de las setas que ansiábamos encontrar.

Recorrimos unos pocos kilómetros el termómetro del coche marcaba dos grados bajo cero a las diez de la mañana. Sin muchas esperanzas, paramos para inspeccionar el campo a un lado y otro del camino. Los pocos ejemplares que encontramos estaban helados. El primer sentimiento de decepción pronto fue cambiado por la ilusión de en-

contrar algo interesante, en un lugar más propicio. Por lo que decidimos ir buscando lugares más soleados. Recorrimos bastantes kilómetros antes de llegar a una explanada amplia en la que esperábamos encontrar algo bueno. Pero solamente pudimos conseguir algunos pies de perdiz como botones y muchas negrillas pequeñas medio congeladas.

Nuestra voluntad era firme y la decepción no hizo mella en nosotros. Cambiamos de rumbo y llegamos a un paraje más soleado en el que disfruté muchísimo observando especies de hongos diminutos de lo más variado, junto a florecillas multicolores, ramas, piedras, mariposas, pequeños insectos, gotas y minúsculos arroyos formados por el hielo al derretirse, que conformaban achaparrados paisajes de increíble belleza. Hicimos algunas fotos, pero seguíamos sin encontrar nada interesante.

Los demás tampoco habían sido tan afortunados como les hubiera gustado, pero un año tan seco no daba para más. Después de comer volvimos a salir al campo, hacía una tarde fresca pero luminosa. Decidimos no

coger el coche y quedamos por los alrededores. Dimos un largo paseo hasta el anochecer.

Encontramos poco, pero algunos ejemplares eran interesantes por su rareza. Yo descubrí una seta verdosa, no muy alta, de pie gordo y sombrero carnoso como el de un *lecinum*. Pepe Llaveró me dijo que sería un ejemplar interesante para que Juan de Dios lo estudiara. Con eso, con el descubrimiento de los rinconcitos que Paco Muela, hijo, escogía para sus fotos y la observación con lupa del microcosmos multicolor de Pepe Delgado, fue más que suficiente para hacerme pensar que aquella, había sido una tarde muy feliz.

Al volver al Cantalar, se organizó la exposición. La tarea de clasificar y ordenar los ejemplares más raros, vistosos e interesantes, llevo varias horas, hasta la cena. Al final, la colección no fue tan exigua como en principio habíamos pensado y tuvimos la oportunidad de contemplar algo hermoso y de aprender escuchando las explicaciones de Felipe y de Pepe Delgado que fueron un auténtico deleite para mí.

Como la noche anterior, orga-

nizamos un aperitivo, esta vez más ligero, porque lo fundamental fueron las negrillas que en tanta abundancia habíamos recogido. Después fuimos a cenar. La velada de esta noche también me reservaba sorpresas muy agradables. Estuvimos cantando a coro las canciones de toda la vida y lo pasamos estupenda-• mente. A mí me gusta mucho cantar y bailar así que estaba encantada. Pero la sorpresa de la noche me la tenía reservada Gloria. Esta mujer afable y de carácter cordial tiene una voz extraordinaria.

No puedo dejar de recordar la canción canaria con que nos obsequió, una folia tal vez, pero aún resuenan en mi cabeza las vibraciones de su voz cálida y potente, sin duda maravillosa. Después ella y su esposo nos regalaron un cestito de mimbre, que este verano ha llenado de margaritas blancas y amarillas una pared de mi casa en la playa. GRACIAS, también a ellos por su gentileza.

Esa noche volvimos a observar el firmamento estrellado. Yo quise redescubrir Júpiter y Saturno, pero también vimos otras estrellas de las que no recuerdo sus nombres, pero igualmente

bellísimas. Cansada y feliz me fui a la cama satisfecha por haber vivido un día maravilloso.

El domingo amaneció tan luminoso como el día anterior, pero más templado. Salimos, y como la mañana precedente, tuvimos que recorrer varios lugares antes de encontrar algo. Sin embargo, no perdimos el tiempo, pues visitamos parajes de belleza incuestionable. En los que se conjugaban picachos agrestes y salvajes cubiertos de pinos, a cuyos pies crecían manchones de hierba

coloreada por minúsculas florecillas; con tajos pelados, pequeños riachuelos y puentecillos.

En uno de esos recorridos llegamos a un pequeño bosque en el que encontramos algunas Lepistas nudas y un montón de carrerillas. Con este botín volví feliz al campamento base. Hicimos otro aperitivo antes de la comida, después del café recogimos la exposición y llegó el momento de la despedida, hasta la semana siguiente en la exposición de Jaén.